

QUERIDO SEÑOR PRESIDENTE



Y chaparra es allí la gente.
Y su condición....

JUAN RULFO

Favor de escucharme, compadres. Me llamo Zedillo, lo mismo que el presidente, y no más por eso lo voté. Güeno, también lo voté pos porque lo mandó el patrón. «¡Voten por la grandeza de México. muchachos!», nos arengó. «¡Voten en conciencia!». Calofríos me daban al agarrar el lápiz pa poner la cruz en la boleta. Servidor tiene manazas de arriero, ya saben, arreo acémilas, voy y vengo con abarrottes a las cabañas de los cerros. Ya viene el Zedillo, dicen los compadres cuando me ven trepar con la reata. Como soy grandón, me divisan de lejos, como si fuera un estandarte. Me reciben rebién, «híjole, Zedillo, tardón!». Además de viandas, acarreo noticias, que si parió Pascualita, que si dos muertos en Tezticochán, que si doña Feli se fue de compras con los gringos, y mejor que eso, les llevo tabaco y pulque. Y les toco la flauta. La flauta me hace compañía en los caminos. El camino, la recua, el pulque y la flauta, así es mi vida, compadres.

¡Miren que el señor presidente llamarse Zedillo como un servidor! Güeno, con una deferencia, compadres. Él es Ernesto, y a un servidor le dicen Euremio.

—Si votan PRI, pongan una cruz en la primera casilla —dijo don Crisantos—. No se me confundan, muchachos.

—Acérquense no más —añadió doña Feli, animándonos—. No se apuren. Sírvanse a gusto.

Uno a uno desfilamos delante del patrón, pusimos la cruz en la papeleta, metimos la papeleta en el sobre, lo cerramos, lo guardarnos en la faltriquera, y luego le entramos al convite. La patrona hacía de mesera, sírvase una enchiladita, Zedillo, aquí hay tingas de chorizo, y aquí taquitos de guajalote, y tortillas, ándele, no me sea apocado. Fue abun-

dante, de veras. Pero nada de alcohol, sólo cocacolas, limonadas, refrescos. Era una mañana linda, sin nubes, el airón del amanecer las había barrido lejos. No faltó el regalo, como siempre. Pa las señoras un rebozo, pa los hombres un par de zapatos. Pero no los dos de una vez. Un zapato antes de bajar al pueblo a votar, y su pareja a la vuelta.

La gente de estos pagos es chaparra, pero servidor calza el 45. Coraje me falta pa entrar en las zapaterías, nunca tienen de mi pie. «¿Y de dónde saco un zapato de tu horma?», me dijo el patrón. Todos rieron, pero uno ya está acostumbrado a estorbar en todas partes, a tropezar con los techos, y a desbaratar sillas. Pos güeno, el patrón se metió en casa y salió con unas botas de caña alta, nuevecitas, rebuenas.

—Has tenido chamba —Y me dio una—. La otra, a la vuelta.

—Gracias, patrón.

Esta vez voté en concencia. Me dio susto votar a mi tocayo, tal cual si los cartelones de los muros me hablaran al oído. «¡Vote Zedillo, vote patria y progreso!». ¿No era como votar a un pariente? Los dos somos Zedillos, no más que un servidor es ignorante y arriero y no ha salido nunca de estos andurriales. A Cholula lo más lejos.

—Cumplan con su deber cívico y tómense el día, señores —nos despidió don Crisanto.

Pos como les decía, los peones y las mujeres subimos al camión, bajamos al pueblo y echamos el sobre en la urna. Votamos todos, creo, menos la Pascualita, y Justo Segura, convaleciente de la operación. Luego almorzamos en el parque, y paseamos por el zócalo. A las siete cerraron los colegios y abrieron las cantinas. Las señoras se volvieron con los niños y nosotros ya se imaginan, tomamos con ansia. Nos pusimos alegres como guitarrones.

Al regresar al rancho vimos luces en la casa del patrón, y oímos música de baile, y ya cerquita las risas de la fiesta. Había muchos carros fuera. Ladraron los mastines.

—¡Alto! ¿Dónde van, chingados?

—Por el otro zapato, güevón.

—¡No pueden pasar!

Sonaron dos disparos. Suerte que se apareció don Margarito el capataz y evitó un despelleje. Nos abroncó por pendencieros, qué parranda era aquella, carajo, a qué horas.

—Ahí tienen los pares sueltos. Agarren la pareja y váyanse. Duerman la mamada, y a las siete en el tajo.

¡Recuernos!, no estaba mi bota. Pa qué me la llevaron, todavía me lo pregunto, si a nadie le servía, ya dije que aquí todos son de pie chico. Protesté a don Margarito, pero no valieron razones.

—Agarra ese zapato, Zedillo, y te las apañas.

—Así que me tuve que ir con lo que me dio. Todavía se oían las risas y los valesitos en casa del patrón.

Y ahorita, díganme, ¿pa que me servía un zapato de chamaco? Ahora voy por los caminos con la recua, el abarrote, la flauta y la bota colgada a la espalda. Está como nueva, y es de mi talla. Los compadres se me burlan. «Te sobra una pata, Zedillo». O «díselo a tu tocayo el presidente». Güeno, pos sí, pos igualito lo hago. Un día que baje a Cholula le dictaré una carta a un escribano de la plaza. Señor Presidente, yo también soy Zedillo, le diré, y me dio mucho gusto votarle, y le escribo no más pa que le recuerde a mí patrón que me adeuda una bota.

Y entre Zedillos seguro, seguro que nos arreglamos.